

Una mirada a los distintos tipos de familias. Un estudio de caso en la Universidad Simón Bolívar

María Teresa Torres

Resumen

El presente reporte corresponde a la tercera etapa de una investigación más general denominada "Pautas y expectativas en la formación de familias de estudiantes de la Universidad Simón Bolívar (USB)". Los resultados son tan sólo una mirada a un entorno concreto donde se desarrollan los y las universitarias de un plantel educativo. Se estudiaron las características de tres tipos de familias: las que corresponden al prototipo con núcleo completo, las de núcleo incompleto bajo la tutela materna y, por último, las dirigidas por el padre en ausencia de la madre.

La existencia de diversos esquemas de comportamientos y vivencias en familia moldea la forma de ser de las nuevas generaciones, la cuales, además, construyen sobre esas experiencias sus aspiraciones personales y sus expectativas de formar o no una futura familia .

Introducción

En este trabajo no se cuestiona la trascendencia de la familia, agente primario de socialización que, a través de un largo proceso, cumple con su principal función: conducir a hombres y mujeres de un estadio primitivo "natural" al desarrollo de sus cualidades humanas desde el punto de vista sociocultural. Más bien, la discusión gira en torno a que es incorrecto representar a la familia como una estructura rígida, meramente receptora e inamovible en el tiempo y en el espacio; o como modelo único, etéreo, rodeado de romanticismo, carente de conflictos y propuestas. Ante todo, la familia es una institución formada por un conjunto heterogéneo y dinámico de grupos domésticos, sujeta a los vaivenes macro sociales; producto y productora de cultura, capaz de rebasar cualquier modelo ideológico. "Los diversos arreglos familiares han sido olvidados o subconsiderados frente a perspectivas homogeneizantes que parten de un modelo único y universal: el europeo, moderno, patriarcal, nuclear y monogámico, considerado como el único que define la opción hacia la cual inevitablemente se dirigen todas las formas de organización familiar" (Valenzuela y Salles, 1998, p. 11).

Para descubrir la compleja trama e implicaciones de esta añeja institución, conviene usar el concepto en plural: *familias*. La ideología dominante, con frecuencia, mantiene en la invisibilidad histórica las diversas estructuras de parentesco; de seguir semejante tendencia se estará negando las necesidades,

derechos, problemáticas y aportaciones de miles de niños, adolescentes y adultos –hombres y mujeres– que integran hogares reconstituidos, con padres o madres que dirigen a los hijos sin el auxilio de la pareja, a las de los abuelos que en ausencia de los progenitores asumen la tutela de los nietos, familias conformadas sólo por los hijos o a las de parejas sin hijos. La multiplicidad en las combinaciones de parentela se representa con muchas máscaras, a la vez que marca variedad en estilos y formas de resolver la vida cotidiana.

En la cultura occidental domina la familia nuclear completa: pareja e hijos. Sin embargo, en las últimas décadas son cada vez más frecuentes los arreglos *nucleares incompletos o monoparentales*, es decir, la presencia de un solo progenitor –generalmente la madre– e hijos solteros. En otros tiempos, esa situación, en la mayoría de los casos, era resultado de la viudez o de la maternidad en soltería. No obstante, hoy día, las estadísticas demográficas muestran una tendencia creciente de otras causas: la separación, divorcios, abandonos, o bien, la emigración de alguno de los cónyuges.¹

¹ Para el año 2000, en México, según datos del Instituto Nacional de la Mujer, la suma de mujeres separadas, divorciadas o viudas triplica al número de varones (11.6 y 3.9%, respectivamente). Esto se debe a que los hombres con disolución conyugal tienden a contraer segundas nupcias y formar familias reconstituidas (www.inmujer.gob.mx/estadística).

Pese a las dificultades que implica mantener y orientar a los hijos en ausencia de uno de los progenitores, las diversas instancias de la sociedad (escuela, servicios de salud, asistenciales, jurídicos, etcétera) no eximen al grupo monoparental de las funciones asignadas al prototipo de familia, por el contrario, existe la propensión a estigmatizarla. El o la progenitora en solitario ha de cumplir con las exigencias sociales, haciendo gala de enormes esfuerzos, adecuaciones e innovaciones en los patrones de comportamiento y en las estrategias de reproducción. Todo esto varía según la clase social, el género y la edad de quien cubre la principal responsabilidad.

Ser mamá o ser papá, sin la presencia en el hogar del corresponsable, requiere asumir un doble rol e inscribir a los hijos en procesos de socialización y de organización doméstica distintos a los del esquema tradicional. Seguramente estos peculiares patrones de convivencia familiar replantean nuevos retos, tensiones, adecuaciones y propuestas que no debemos seguir ignorando y mucho menos desacreditando.

Objetivo

Profundizar en el conocimiento de los tipos de hogares en los que se desenvuelven los y las alumnas de la Universidad Simón Bolívar (USB), para comprender sus expectativas en la formación de familias destino y, al mismo tiempo, proporcionar nueva información que permita enriquecer las estrategias de desarrollo humano en esta universidad.

Metodología

El presente trabajo es un estudio de caso, con los resultados de una encuesta aplicada en el año 2002, en la cual participaron 279 jóvenes de ambos géneros –cerca de la tercera parte del universo de la USB–. Básicamente, éste es un estudio comparativo entre los patrones del prototipo de familia nuclear completa y otras variedades, menos visibles pero reales, de integración familiar.

A partir de una segunda lectura e interpretación del marco teórico y del trabajo de campo en la investigación “Pautas y expectativas en la formación de familias del alumnado de la USB”,² se derivaron una serie de nuevas interrogantes para ahondar en dos objetos de estudio: a) tipos de familias de

origen y b) expectativas del alumnado ante la posibilidad de conformar nuevas familias. Éste no es un oficio ocioso si se considera que los diversos arreglos familiares producen variedad de vivencias, pensamientos, ideales, deseos, convicciones y aversiones que marcan las aspiraciones de las nuevas generaciones.

En el anterior artículo se hizo referencia a las variables contextuales o macro sociales en las que se desarrollan las familias y su relación con las variables próximas o ámbito inmediato de los sujetos estudiados. El presente reporte se circunscribe al examen de las variables próximas, es decir, a describir y reconocer la diversidad de las características de los grupos domésticos desde la óptica de los y las alumnas. Se comparan las características de las familias y las expectativas del estudiantado en tres grandes grupos: el mayoritario, compuesto por la suma de familias nucleares completas (ambos padres e hijos) y las extensas (donde se agrega otros parientes); los otros dos grupos se refieren a los arreglos monoparentales, el primero de ellos bajo la jefatura materna y el segundo bajo la conducción del padre sin pareja.

Resultados

Del total de la muestra, 74% (206 casos) pertenece a grupos nucleares completos y extensos; 22% (61 casos), a núcleos compuestos por hijos con mamá sin pareja –sólo en tres de estos hogares existe la presencia de una abuela–, y 4.3% (12 casos), a núcleos domésticos integrados solamente por papá e hijos. No obstante la pequeña proporción que representa este último grupo en relación con el total, la importancia de su estudio radica en las casi inexistentes referencias empíricas y teóricas sobre las pautas de comportamiento de las familias encabezadas por el padre en solitario.

² El primer reporte de esta investigación aparece publicado en la revista *Investigación Universitaria Multidisciplinaria* de la USB, 1: 39-47.

Tabla 1. Características de las familias de origen en la USB (total 279 familias)

Indicadores	Tipos de familia		
	Nuclear completa	Monoparental materno	Monoparental paterno
Número total de familias	206	61	12
Alumnos (as) con trabajo (% grupo)	26.6	34.4	8.3
Alumnos (as) sin trabajo (% grupo)	73.4	65.6	91.7
Edad media del padre (años)	51.2	51.1	50.2
Edad media de la madre (años)	48.5	45.7	48.3
Edad del padre al 1 ^{er} hijo (años)	27.3	27.6	26.3
Edad de la madre al 1 ^{er} hijo (años)	24.3	23.6	24.4
Tamaño medio del hogar	4.2	2.9	2.5

Fuente: Encuesta "Pautas sociales en la formación de familias", USB, México, 2002.

Cabría preguntarse que diferencias o similitudes existen entre los integrantes –y sus roles– de estos tres grupos.

La variable tamaño medio del grupo: para la mayoría es de 4.2 miembros por hogar, desciende a 2.9 para las familias incompletas a cargo de la mujer y a 2.5 para las encabezadas por el padre en solitario.

La diferencia en la edad promedio de los padres de núcleos monoparentales y los que tienen pareja es tan solo de un año. La edad media de las madres que viven con su pareja es mayor (48.5 años) en comparación a las que conviven sólo con su descendencia (45.7 años). Situación similar arrojan los datos del nacimiento del primer hijo: las jefas sin cónyuge tuvieron a su primer bebé más jóvenes (23.6 años) que la mayoría del resto de las mamás (24.3 años).

En el grupo monoparental bajo el signo materno, el principal motivo de su situación es el divorcio o separación (67%), le sigue la soltería (18%) y, por último, la viudez (11.5%). En ese orden de ideas, para los núcleos incompletos masculinos, el primer lugar corresponde al divorcio (50%), la viudez y la soltería mantienen la misma proporción (17%).

Por otra parte, los hogares donde la madre sin cónyuge es el eje de organización, los resultados señalan que en 72% de estos casos es ella la principal proveedora económica; en segundo término es el papá (16%) y en tercer lugar otro pariente (11.5%).

Al comparar el nivel de estudios de las madres de familias completas con las de monoparentales, destaca que éste es superior para las segundas: 31%

cuenta con algún grado técnico o preparatoria, y cerca de 48% con licenciatura. En el caso de las madres de familias completas, es decir, que viven con el cónyuge, en el mismo orden, el porcentaje es de 27.6% y 40.4%. Cabe señalar que 38% de las jefas de familias incompletas alcanzó su grado máximo de estudios después de haberse casado y/o tenido el primer hijo; en el caso de familias completas, el porcentaje al respecto es de 31%.

Asimismo, 81% de las mamás sin compañero forma parte de la población económicamente activa con ocupación, mientras que más de la mitad (58%) de las esposas con cónyuge se dedican exclusivamente al hogar y sólo un 36% del mismo grupo laboraba en alguna rama económica.

Una vez delineado el perfil de hombres y mujeres responsables de los hogares aludidos, cabe preguntarse, en términos generales, qué sucede con la descendencia, qué pautas o patrones semejantes o diferentes se detectan dependiendo del tipo de familia.

En primer lugar, consideramos el indicador del número de alumnos y alumnas que además de estudiar, trabajan: 26.6% de estudiantes de las familias completas está empleado; cifra que resulta más alta para los hogares asistidos por la mamá (34.4%); tendencia opuesta corresponde a los hogares con liderazgo paterno (8.3%) Asimismo, sobresale que es mayor el índice de alumnas con trabajo provenientes de familia monoparental materna que la paterna y la nuclear completa.

Al examinar las expectativas de los jóvenes en cuanto a formar familia se refiere, la encuesta señala que

77% de los hijos o hijas de hogares que cuentan con la presencia de ambos progenitores considera que la mejor opción es el matrimonio o uniones consensuales, y 62% opina que la peor elección es la soltería. Contrariamente a lo que se supondría, la descendencia de las mamás sin pareja mantiene proporciones muy semejantes al anterior ejemplo (75% y 61%, respectivamente). En los núcleos incompletos con jefatura paterna, la situación se mantiene en cuanto a la disposición de formar pareja (75%), pero sólo 33% tiene aversión a la soltería.

De acuerdo con la opinión del alumnado, en donde existe mayor variación (alrededor de 10 puntos porcentuales) es en estar a favor de que una esposa y/o madre continúe trabajando y/o estudiando: 82% de los hijos e hijas de familias completas está a favor de que la esposa y/o madre trabaje y 83% de que estudie; asimismo, 97% los descendientes de hogares bajo dirección materna acepta que la esposa y/o madre trabaje y 92% que estudie; sin embargo, la tolerancia para ambos casos declina a 75% en el grupo monoparental paterno.

Si se examina la respuesta por géneros en estos últimos hogares, las alumnas responden favorablemente (86%) para que la esposa y/o madre asuma la doble jornada (como ama de casa y trabajadora), en cambio, sólo 60% de los varones está de acuerdo con este hecho.

Discusión

Para comprender cabalmente la historia de los actores sociales resulta insuficiente el análisis macro social, es conveniente examinar el ámbito más privado en el que se entrecruzan los rasgos personales y colectivos en la línea del tiempo:

Los individuos poseen una serie de características que pueden considerarse atributos puramente personales como son la edad y el sexo. También detentan cualidades que pueden ser definidas y observadas en el nivel individual pero que derivan de la relación con su entorno, es decir, que se refieren a su pertenencia a un grupo, como lo son la familia y el hogar. Tales atributos pueden reflejar, de alguna manera, su situación en estas unidades: el estado civil, la posición de parentesco en el hogar, las relaciones de género e intergeneracionales, por mencionar algunos ejemplos (López, 1998, p. 303).

El Censo de Población del 2002 señala que en el Distrito Federal (D. F.), 65.8% de las madres entre

35 y 64 años está casada, mientras que en la encuesta realizada a los alumnos de la USB este porcentaje asciende a 75%. Esta diferencia revela la tendencia de las progenitoras del alumnado a mantener el esquema de la familia tradicional sustentado en la presencia del núcleo original o pareja.

Sin embargo, en un muy largo ciclo de vida familiar, en ocasiones se suceden ciertas transiciones o eventos –voluntarios e involuntarios– que trastocan la historia personal y colectiva, tales como la maternidad o paternidad en soltería, la separación, el divorcio, la viudez, los segundos matrimonios: hechos trascendentales que no sólo marcan nuevos derroteros para sus protagonistas, sino que alteran los ciclos de vida familiar y el tipo de relaciones que se establecen entre los miembros.

Por otro lado, tenemos que el hecho de que se haya elevado la esperanza de vida del mexicano, gracias a las mejoras en la medicina y los sistemas de salud, ha reducido la probabilidad de defunción temprana en uno de los cónyuges, por lo que actualmente ya no es una de las principales causas de la disolución del núcleo doméstico en edades intermedias. En el D. F., por cada 100 mamás en la edad estudiada, nueve son viudas; en cambio, en la USB esta cifra desciende a 2.9. Este dato hace pensar que el grupo de mamás de este plantel tienen mejores condiciones de vida y salud que otras de la misma edad, por lo tanto, se esperaría que la presencia materna durante el desarrollo de la descendencia y las diferentes etapas del ciclo vital de la familia sea más prolongada.

Hoy en día, la separación y el divorcio son las principales causas de desagregación del núcleo doméstico. López y Salles (2000) afirman que entre 1970 y 1997 se duplicó el número de personas separadas o divorciadas. Algunos procesos en la sociedad inciden en el aumento de las disoluciones conyugales, como son flexibilizar el aparato legal para obtener la separación, así como la mayor aceptación social; el impacto de ideologías individualistas que orientan las aspiraciones de hombres y mujeres a controlar sus vidas; las crisis macro sociales que se manifiestan en el ámbito familiar con aumento de tensiones y conflictos; la creciente participación de la mujer en el mundo de lo público que reduce la dependencia respecto al marido y la dificultad de algunos varones para aceptar las transformaciones en el rol femenino, entre otros (López y Salles, 2000; Giddens, 2001; Torres, 2002).

En las sociedades urbanas son más frecuentes las disoluciones conyugales que en zonas rurales. En el D. F., del total de mamás en el rango de edad analizado, la suma de divorciadas y separadas asciende a 13.2%, y en nuestra muestra es de 16.7%. Ahora bien, ese leve aumento en la propensión a la disolución marital pudiera estar relacionado con el mayor nivel escolar –y económico– de las mamás de la USB en comparación con el promedio de las capitalinas, en virtud de que la escolaridad –junto con la posibilidad de tener un trabajo remunerado– son elementos estratégicos que promueven cierto grado de autonomía e independencia femenina, sobre todo cuando los problemas de pareja son percibidos como insalvables.

Al comparar las familias monoparentales de la USB, destaca que la proporción de aquellas que están encabezadas por la madre se quintuplica en relación con el número de padres en solitario, pese a que en el primer caso es mayor el promedio de hijos. En gran medida, la tendencia masculina ante la disolución conyugal es buscar el refugio en una nueva pareja e integrar una familia reconstituida, lo que pone en duda el mito de que el varón tiene aversión al matrimonio; así lo parece confirmar la opinión de algunos varones jóvenes que consideran la soltería como una pésima opción para su vida futura.³

Por otra parte, los patrones culturales tradicionales son más permisivos para el sexo masculino ante el abandono físico, moral y/o material de la responsabilidad paterna. En cambio, para el género femenino las normas y sanciones para asumir cabalmente la maternidad son más rígidas, por lo que no es casual que se presente la doble jornada –ama de casa y trabajadora–; al menos así lo confirman las respuestas de aproximadamente tres cuartas partes del estudiantado que pertenece a familias monoparentales, quienes identifican a la madre como el principal sustento. Afrontar la manutención de los hijos ha orillado a ocho de cada diez mamás con disolución conyugal a desempeñarse en el sector productivo, mientras que más de la mitad de las que viven con su pareja dedican tiempo completo al hogar.

³ En el primer reporte de investigación se mencionó que la soltería en opinión de las alumnas sería pésima elección para 56% de ellas; en tanto que 68% de los varones opinaron que no deseaban este estado civil para su vida futura.

Por lo general, las mujeres que encabezan familias monoparentales, para poder cumplir con la abrumadora doble jornada y la compleja duplicación de roles (materno y paterno a la vez), frecuentemente integran al hogar algún otro componente no nuclear como auxilio doméstico y/o económico (abuelos, tíos, hermanos, entre otros). Sin embargo, esta situación no se presenta en las familias monoparentales registradas en nuestra encuesta, lo cual plantea esquemas de participación más activa de la descendencia, el uso de tecnología doméstica sofisticada, una organización más racional y/o contratación de servicios personales e institucionales; en suma, esto implica invertir mayores esfuerzos y recursos.

Cabe aclarar que las condiciones del trabajo doméstico no son más livianas para las mujeres que conviven con el marido, ya que algunos estudios señalan que en estos casos los quehaceres domésticos aumentan hasta ocho horas por semana, generando un trabajo similar o más arduo que si hubiera otro hijo en casa (Bonino, 2000).

La edad promedio de las mamás de los casos estudiados, se ubica al término del ciclo reproductivo, con hijos jóvenes relativamente autónomos, con expectativas de ser independientes económicamente o abandonar el hogar materno en un corto tiempo. En comparación con las familias completas, en las monoparentales maternas una mayor proporción de los hijos realiza una doble jornada –trabajo y estudios–. En estos casos, los hijos posiblemente se ven orillados a ayudar a su madre a mantener el hogar; sin embargo, este tipo de experiencias capacitan a los y las jóvenes para una posterior independencia económica y emocional. Es de llamar la atención que en el caso de los hogares con padre en solitario, el índice de estudiantes con trabajo es muy bajo, lo que supone una alta dependencia.

Las estrategias para resolver la vida cotidiana en los hogares monoparentales implican para la descendencia experiencias cualitativamente distintas a la clásica familia con ambos progenitores. Esto, aunado a los nuevos discursos, modas, preparación y propuestas culturales de las generaciones jóvenes, plantea innovadores retos y perspectivas.

Actualmente, en la capital mexicana se vislumbra una tendencia a la apertura en cuanto a la participación de la madre-esposa en el mundo laboral y estudiantil, tendencia que también fue expresada por la generalidad del alumnado, sobre todo en los

y las jóvenes que provienen de grupos monoparentales encabezados por mujeres. Seguramente, esto se debe a que la imagen que proyectan las mamás en solitario es de fortaleza e independencia, lo cual es percibido por los hijos y, particularmente, por las hijas, en cuyas respuestas se observa una mayor disposición a buscar la equidad de género.

Situación opuesta ocurre en los núcleos incompletos paternos, en donde se reduce considerablemente la aceptación a la participación femenina fuera del ámbito doméstico, según las opiniones de los hijos varones. Esa inclinación y la menor incidencia ocupacional de estos estudiantes podrían deberse a una imagen paterna con esquemas de género más conservadores, orientados a una mayor tutela masculina hacia la esposa e hijos (fenómeno de la “esposa e hijos cautivos”).

Una última reflexión es la idea dominante de que la disolución de la pareja es percibida como el fracaso o la incapacidad de quienes la padecen; vivencia que supuestamente se traduce en amargura y frustraciones asimiladas por la descendencia. Sin embargo, Giddens (2001), citando a Beck y Beck-Gernsheim, señala que aunque el divorcio y la separación son cada vez más comunes, la gente sigue optando por casarse y es firme el deseo de vivir en pareja. Estas tendencias aparentemente contradictorias se explican, entre otras cosas, por el “hambre de amor” en un mundo abrumador e impersonal, abstracto y con cambios acelerados: “La gente se casa y se divorcia por amor; entran en un círculo interminable compuesto de esperanzas, remordimientos y nuevos intentos. Aunque, por otra parte, sigue habiendo muchas tensiones entre hombres y mujeres, aún persisten una esperanza y una fe profundas en la posibilidad de encontrar el amor auténtico con el que realizarse” (Giddens, 2001, p. 238).


Así, la disolución conyugal no es vista como un indicador de la infelicidad en el hogar, sino como la búsqueda del respeto a sus miembros, de proyectos compatibles y relaciones aceptables.

En parte, esto permitiría entender la alta disposición de los y las jóvenes de hogares monoparentales –paternos y maternos– a que su máxima aspiración en su proyecto de vida sea el matrimonio; opinión parecida al porcentaje de hijos e hijas donde ambos padres están presentes en el hogar.

Conclusiones

La presente investigación, más que conducirnos a generalizaciones, tendrá sus frutos si reflexionamos sobre la importancia de sacar de la oscuridad las múltiples formas de vivir en familia. Los otros arreglos familiares distintos al prototipo cultural, más que ser disfuncionales son formas de expresión de tan añeja institución y contribuyen a la formación de las nuevas generaciones de mexicanos. En un mundo agresivo y tan cambiante, las diversas instituciones –incluida la familia– no permanecen estáticas, por ello, es necesario mantenerse alerta sobre las transformaciones, las adecuaciones y la vigencia de ciertas costumbres que se desarrollan en el ámbito más íntimo de nuestros estudiantes y de las que se derivan los objetivos individuales.

Para apreciar mejor las variaciones en las tradicionales pautas de familia, es insuficiente vincularlas exclusivamente a los cambios macro sociales. Una explicación más acabada remite al análisis de las representaciones que surgen y se desarrollan “silenciosamente” en el ámbito más inmediato de la vida cotidiana de los jóvenes. Desvanecer el velo que oculta la realidad obliga a plantearnos otras preguntas, tales como ¿en qué medida los integrantes de las familias, según su edad y género, participan en la innovación de las pautas culturales de la vida doméstica?; ante esas innovaciones, ¿cómo se redistribuyen las cuotas de poder en la familia?; ¿por qué las universitarias están más dispuestas que los hombres a aportar dinero equitativamente en el hogar?; la variación en los patrones domésticos tradicionales ¿es una práctica ya experimentada por las y los alumnos o es tan solo su mejor intención para su futura familia?; ¿cuáles tareas estarían realmente dispuestos a realizar y cuáles le asignarían a la pareja, según cada género?; ¿de qué manera afectarían las nuevas propuestas su concepto de feminidad y masculinidad?

Realmente, queda mucho por hacer para lograr el acercamiento y comprensión a las problemáticas y aspiraciones de las nuevas generaciones y de los arreglos familiares.* 

* Este trabajo fue posible gracias a Jaqueline Barrueta, Marlene Alarcón, Helga Argumedo, Adriana Bolaños, Denisse Martínez, Andrea Núñez, Dinak Padres, Tania Prieto, Michelle Tenorio y Citlali Urrutia, alumnas de Ciencias de la Comunicación, quienes participaron con entusiasmo en la aplicación de la encuesta. Los resultados son tan sólo una mirada a un entorno concreto donde se desarrollan hombres y mujeres particulares en un plantel educativo.

Bibliografía

- Bonino Méndez, L. (2000). Los varones hacia la paridad en lo doméstico. Discursos sociales y prácticas masculinas. En Sánchez Palencia, C. E. e Hidalgo, J. C. *Masculino plural: construcciones de la masculinidad* (pp. 229-260). Lleida: Universidad de Lleida.
- Giddens, A. (2001). *Sociología*. España: Alianza Editorial.
- INEGI. (2001). *Tabulados básicos. Distrito Federal. XII Censo General de Población y Vivienda 2000*. México: INEGI.
- López, M. P. (1998). Composición de las unidades domésticas: una revisión de los cambios recientes. En Valenzuela, J. M. y Salles, V. *Vida familiar y cultura contemporánea* (pp. 303-352). México: Conaculta, serie "Pensar la cultura".
- López, M. P. y Salles, V. (2000). Los vaivenes de la conyugalidad: una interpretación desde la cultura. En Conapo, *La población de México, situación actual y desafíos futuros* (pp. 157-200). México: Secretaría de Gobernación/ Conapo.
- Torres Mora, M. T. (2002). Pautas y expectativas en la formación de familias de los estudiantes de la Universidad Simón Bolívar. *Investigación Universitaria Multidisciplinaria, Universidad Simón Bolívar*, 1: 39-47.
- Valenzuela, J. M. y Salles, V. (1998). Introducción. En Conaculta, *Vida familiar y Cultura Contemporánea* (pp.11-25). México: Conaculta, serie "Pensar la cultura".